

# Bipolaridad: Leit Motiv Bergsoniano

Por

JUDITH G. GARCÍA CAFFARENA

PUES a analizar la obra de Bergson, en un intento de rastrear en ella los elementos suficientes para el esbozo de una Antropología filosófica, encontramos allí un procedimiento que aparece con particular insistencia, tanto como para autorizar el considerarlo a modo de hilo conductor del modo de formular su pensamiento: el de bipolaridad.

Trataremos de justificar nuestras apreciaciones, a lo largo de este trabajo, anticipando la clara disposición de rectificarlas, toda vez que fueran encontradas de algún modo erróneas.

La articulación dialéctica de parejas de opuestos, se ofrece en Bergson, de modo tal, que nos resulta paradójico pensar en este autor: —recalcitrante anti-intelectualista, antisistemático, anticartesiano— como prendido en la malla de un compás de 2 x 2.

Queremos declarar, desde un comienzo, que el hecho de ser Bergson, no sólo un filósofo, sino un artista de la palabra —capaz de tratar los asuntos más difíciles con un lenguaje poético—, poderoso en sugestión, más que en vocablos, resulta, para quien traza estas reflexiones, una felicísima e inobjetable premisa mayor, que alienta a deducir conclusiones sin el temor de que, debiendo nacer filosóficas, puedan parecer literarias. Nos identificamos con el autor en su devoción por el raro lenguaje de profundidad, que crea, diciendo. Podría esto inducir a colocarnos en la infatuada pretensión de alcanzar su altura..., pero la evidencia abrumadora de lo real, disuelve toda posibilidad de *fabulación* a ese respecto.

Anotemos ya, los ejemplos de bipolaridad, del cual *acusamos* a Bergson: yo superficial —yo profundo; homo sapiens— homo faber; ser estático —fluir dinámico; religión estática; religión dinámica; moral abierta— moral cerrada; inteligencia, instinto; inteligencia —intuición; inteligencia e impulso vital; ser y devenir; real y posible...

Siempre entre dos polos, dialécticamente, como haciendo un esfuerzo doloroso, por salir de la malla de sistematizaciones intelectuales, que su anti-intelectualismo rechaza, pero experimentando, en el hecho de lograr la formulación sistemática de sus hallazgos, el paradójal fracaso de poder hacer, intelectualmente, lo que, intuitivamente, está convencido no puede lograrse.

Sin duda, es preciso distinguir en su obra, las intuiciones simples del filósofo y la dialéctica abstracta y complicada con que tentó sistematizarlas. Experimentó, en verdad, una inadecuación irreparable entre la riqueza viva de esas intuiciones y la sistematización, a las cuales las sometió sin embargo, eficazmente.

En general puede decirse que Bergson no consiguió liberarse por completo de las tendencias a las cuales quiso oponerse. A riesgo de parafrasear la Alegoría de la Caverna, diremos que el filósofo da la impresión de un prisionero que, tras esfuerzos dolorosos, pudiera aproximarse a una ventana alta. Después de un impulso feliz, el preso abarcaría un mundo lleno de promesas; su mirada, no obstante, mal acostumbrada a la nueva luz, no podría fijar detalladamente lo entrevisto y, de inmediato, el peso de las cadenas que lo aseguran, lo devolverá al suelo y a la penumbra habitual. Este prisionero que cuenta su historia de prisionero, es Bergson.

Pero comencemos ya a referirnos al tipo de oposiciones, que debemos estudiar en este trabajo: es decir, los polos homo faber - homo Sapiens, así marcados por el filósofo. Veamos dónde y cuándo Bergson señala esta escisión un tanto maniquea, entre el yo superficial y el yo profundo, donde reposa medularmente el hecho de distinguir, en el hombre, el homo faber del homo Sapiens.

En primer lugar, buscando un punto de partida, es el mismo Bergson quien lo propone, cuando en la carta a Höfdding, publicada en el

*Bipolaridad: Leit Motiv Bergsoniano*

apéndice del libro de este: *La filosofía de Bergson* (Acan 1916 p. 160) dice: *...le centre de ma doctrine c'est l'intuition de la durée.*

En efecto, en ella se apoya: para establecer la cualidad de las sensaciones, para criticar la psicofísica y el asociacionismo; para resolver el sofisma de Zenón, para fundar una teoría de la libertad, trazar la génesis de la materia y espíritu, establecer la imagen de l'élan vital, el progreso de la Evolution Créatrice y hasta experimentar la misma experiencia mística.

Cuando (desdoblado un nuevo par) Bergson habla de duración homogénea y duración verdadera, nos lleva al campo de la conciencia humana, donde el hombre puede recogerse, para estudiar sus actos y descubrir *que los estados del alma, presentan una continuidad ininterrumpida, como melodía que debe percibirse en su indivisible unidad: calle dont les moments hétérogènes se pénétrant* (ESS p. 97), *y nos enfrenta con su concepción vitalista desarrollada en L'Evolution Créatrice.*

¿Qué es la vida? Lejos de ser una abstracción, es forma realísima y original (esta obra nos recuerda, involuntariamente, la voluntad cósmica de Schopenhauer, al devenir de Heráclito y al misticismo de Plotino), es un impulso general y común que se distribuye a través de la materia. Su naturaleza es la misma que la de la conciencia psicológica. *On pourrait dire de la Vie, comme de la conscience qu'à chaque instant elle crée quelque chose* (E. C. P. 31). Vida y conciencia, pues en el mismo terreno; transposición, en plano universal de los caracteres psicológicos de la conciencia: la vida universal dura como las conciencias (aproximación psicológica, a partir de los *datos inmediatos* que el empirismo bergsoniano pide). Esta concepción dará a su cosmología, un cierto aspecto antropomórfico y al mismo tiempo, sabor de originalidad, armonizado con la actitud antirracionalista adoptada.

La vida es ese élan vital, sinónimo del devenir cósmico, que se comunica sin interrupción, de germen en germen, a través de las generaciones sucesivas (por aquí nos aproximamos a la distinción pesquisada). Este élan vital, se fracciona en su progreso, al oponerse

la materia y aparecer —un nuevo par— la serie de los vegetales, con energía potencial (pero inutilizada) y la de los animales, con energía potencial en uso; acción y movimiento. Ya en la línea de los animales, sitúa a hombre y, desde entonces, le aplica el principio: *el hombre no está hecho para pensar (Sapiens) sino para hacer (faber)*. Anunciamos una nueva dicotomía al señalar las dos corrientes que Bergson propone en línea divergente; instinto e inteligencia: el primero, culminando en los himenópteros; la segunda, en el hombre. El instinto, no obstante, existe en torno de la inteligencia, a modo de halo. El filósofo pone, pues, entre hombre y animal, una diferencia de grado y de naturaleza, a pesar de lo cual afirma luego, universalmente: *El conocimiento está subordinado al obrar*. En el caso humano, se trata, especialmente de *fabricar instrumentos de fabricación*. *L'intelligence dans ce qui paraît en être la marche originelle, est la faculté de fabriquer des objets artificiels, en particulier, des outils à faire des outils et d'en varier indéfiniment la fabrication* (E. C. p. 151).

Bergson se esfuerza por penetrar introspectivamente en la profundidad de su yo y en un esfuerzo angustioso por aislarse del mundo ambiente, para hasta borrar en su conciencia tal huella, agudiza su visión de sondaje. Luego desenvuelve sus reflexiones en *dos series*, paralelas, de afirmaciones y negaciones. Lo positivo, basará su teoría de la intención; los obstáculos, más o menos imaginados, dan la parte negativa: Crítica de la inteligencia.

Por un lado, experiencias psicológicas y, sobre todo, intuición y duración; por otro, cierto conjunto de verdades e hipótesis científicas en torno a la evolución; datos ofrecidos por la prehistoria y la paleología, ideas de Darwin y de Lamarck, el sistema de Spencer, conocimientos de anatomía y fisiología... La fusión de las dos series, forma un sistema. Bergson habla de los dos *yo* en el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* donde plantea el problema de la libertad; allí subraya, que *le moi intérieur et profond* (p. 95) siente, se apasiona, delibera y decide; et *le moi superficial en contacto con el mundo exterior, siente y percibe*. El uno, sería, como la proyección

### *Bipolaridad: Leit Motiv Bergsoniano*

espacial y social del otro. Alcanzamos el yo profundo, por reflexión honda, que nos hace adueñarnos de nuestros estados *vivos* —en vía de incesante formación—, refractarios a medida que se interpenetran y cuya duración en la sucesión, nada tiene que ver con la yuxtaposición en el espacio homogéneo. Estos momentos son raros y por eso, raramente somos libres.

La mayor parte del tiempo, vivimos exteriormente a nosotros mismos, desapercibidos de nuestro yo, siguiendo su descolorido fantasma, sombra que la duración pura proyecta en el espacio homogéneo. Vivimos entonces, más espacial que temporalmente, más al exterior, que para nosotros mismos; hablamos, más que pensamos, somos actuados, más que actuamos. Obrar vivamente, es tomar posesión de sí, es resolverse en la pura duración (*Essai* p. 281).

El yo, toca, en efecto, por su superficie, el mundo exterior y como esta superficie lleva la huella de las cosas, *él asociará*, por consiguiente, lo que haya percibido como yuxtapuesto, o relaciones de género semejante, o sensaciones simples e impersonales, como quiere la teoría Asociacionista.

Este es el campo de acción de Bergson, que reconoce para el yo superficial, vivido característicamente por el homo faber —hombre que hace uso de la inteligencia— que él ve pragmáticamente orientada hacia la utilidad (a esta contrapondría luego, la excelencia del desbordar de esa inteligencia por la vida, que es la única capaz de darle conciencia de sí mismo, en sus vitalísimos actos de sentimiento, conocimiento, amor u odio).

Bergson pone en lo exterior del hombre y en su común modo de exteriorizarse, lo inerte, lo pasivo, lo amorfo; desde las actitudes *convencionales y sociales* hasta las religiosas, pasando por el meridiano del lenguaje, donde establecerá —nuevo par— la posibilidad del lenguaje vivo que crea y nombra (¿al modo de Heidegger?) y otro que cristaliza y solidifica la savia del pensamiento.

El retrato de este homo faber, usufructuario de la inteligencia —esa facultad generalizadora y práctica, fabricadora de esquemas, y, en verdad *cazadora de sombras*— podría completarse así:

a) Respecto del conocimiento, sus posibilidades frente al mundo, radican en la simplificación conceptual, que de él nace, para utilizarlo: el saber científico, pues, desembocaría en la *técnica*, que permite explotar eficazmente la verdad, eximida por esto, de constituir un fin en sí. No será, por lo tanto, el homo faber quien remonte el cielo de la metafísica, lastrado como va de intereses próximos...

Este hombre superficial, que sabe pensar mediante la inteligencia, según Bergson, percibe evidentemente una duración, pero homogénea, espacial. La inteligencia, según Bergson, tiene una inclinación congénita para fabricar objetos sólidos y por considerar los estados de conciencia al modo de seres materiales; es su modo *natural* de proceder, según el filósofo recalca con frecuencia: *l'intelligence, si on ne la surveille pas, l'intelligence qui se laisse vivre* (*Essai* p. 76), *l'intelligence qui se abandonne à son mouvement naturel* (*Essai* p. 156). *Sans que ce monde de représentations nous coûte grand effort* (*Essai* p. 95). Es la pereza del sueño: *laissons nous aller, au contraire, au lieu d'agir, revêtons* (*Ec/p.* 220). A ella se le escapa la duración verdadera: para alcanzarla, hay que imponer real violencia al espíritu: *Nous éprouvons une incroyable difficulté à nous représenter la durée dans sa pureté originelle* (*Essai* p. 81).

El objeto del conocimiento y los caracteres que revista le es también propio (y en el homo Sapiens tendrá su antítesis, por centrarse aquel en un yo profundo) pues el objeto de la inteligencia, no es la realidad de la vida, sino el esquema, su corteza externa. Luego, los juicios intelectuales son conocimientos vacíos, meros cuadros artificiales, que engendran el formalismo: la inteligencia alcanza sólo a la materia, no al movimiento; desconoce la sutileza de la organización vital; su característica negativa es esta incomprensión de la vida.

Para Bergson, el fenómeno de la abstracción y la idea de generalidad nutren de artificialidad y rezuman nominalismo; el raciocinio no permite el menor progreso en el conocimiento. *Il est de l'essence du raisonnement de nous enfermer dans le cercle du donné* (*E. C.* p. 210).

Ciencia y conocimiento vulgar pueden casi homologarse: *la science de la matière procède comme la connaissance usuelle* (*E. C.* p. 363).

### *Bipolaridad: Leit Motiv Bergsoniano*

A pesar de las apariencias, la inteligencia no es especulativa, sino práctica. En suma: *La science moderne, comme la science antique, procédè selon la méthode cinematographique* (E. C. p. 375).

¿Qué modo de expresión corresponde a este yo cortical y esquematizante? Pues el lenguaje que no se dice ni revela: el que se solidifica y materializa, el que únicamente habla. Así aparece el homo loquax, el intrascendente, el descriptivo, el de pensamiento y palabra anónimos y vulgares, que se instalan en lo social-vegetativo, como un residuo impersonal.

Vehículo para la vida de relación, tal lenguaje adhiere incondicionalmente al tipo de acción y vida social y religiosa que él introduce. Pues, en efecto, la acción del homo faber es técnica; su vida social cabe en los moldes que le prepara la presión del medio. La sociedad cerrada y hasta la actitud religiosa, aceptan la misma *armadura de clave*.

Al homo faber, corresponde, consecuentemente, aceptar la moral cerrada, que deriva de los fenómenos más generales de la vida y consiste en la presión que la Sociedad ejerce sobre el individuo, el cual le responde automática e impersonalmente, con rarísimas pugnas entre su *yo* individual, grisáceo y mimetizado y el contexto social.

Aquella cerrazón de la moral, es triple, pues trata de obtener, precisamente, tres conclusiones: A) La conservación de las costumbres sociales; B) La identificación del individuo y medio ambiente; C) La conservación de un grupo dirigente limitado, el cual —ad invicem— tratará de conservarla.

Este hombre, desde el punto de vista religioso, se sentirá *chez soi* en un tipo de religión estática, que consiste en una reacción defensiva de la naturaleza delante de los efectos del intelectualismo, que amenaza oprimir al individuo o liquidar la sociedad. Esta clase de religión puede mecer al individuo y a la sociedad con las canciones de cuna, que logra la acción fabuladora de la inteligencia. Tal misión cumpliría, en las sociedades humanas, el mismo papel que el obrado por el instinto en la comunidad animal.

El homo faber, pues, con su yo mermado: el superficial, lleva la

peor parte, la que Bergson dedica a todo lo que acusa inercia o inmovilidad. Este hombre socializado, en verdad, viste harapos que jamás cubrirían a su pariente *rico*, el yo profundo.

Reservada al homo Sapiens la *optiman partem*, comprobamos que ello se debe a su posibilidad de captar la duración verdadera, que él percibe dentro de sí, cuando toma conciencia de la realidad íntima de sus estados, mediante la experiencia reflexiva de profundidad. Entonces constata, considerándolos en sí, directamente, su indivisibilidad y la originalidad que los hace inconfundibles.

Queriendo deducir el tipo de conocimiento que cumple el homo Sapiens, recordamos que Bergson nunca expuso una teoría del conocimiento, sino que estudió dos casos contrastados, separadamente, haciendo resaltar en realidad esos contrastes, en lugar de poner en evidencia los puntos de contacto.

De la percepción pura, trata en uno de sus libros más difíciles: *Matière et Mémoire* y como la percepción pura, es la base primitiva de la intuición, hallamos en este libro, no sólo algunas reflexiones sobre el conocimiento, sino una excelente transición hacia el plano intuitivo.

El filósofo sintió experimentalmente, que nuestra percepción — no obstante los elementos que le incorporamos— es esencialmente objetiva. Sintió que alcanza el propio objeto en sí y se funda en la realidad exterior, en lugar de *cortarse* con nuestra excitación subjetiva.

Por ello declarará que la percepción, es, justamente, un caso de intuición, constituyendo *ces intuitions immédiates que coïncident au fond avec la réalité même* (*Matière et Mémoire* p. 59) y afirmará que *le problème pendant le réalisme et l'idéalisme doit être tranché par l'intuition* (*M. et M.* p. 62).

Si estamos en el Universo, si la materia universal es nuestro cuerpo, será dentro de nosotros —y no fuera— donde percibimos las cosas. La intuición tendrá una formidable objetividad y, purificada de los cuadros artificiales impuestos por la inteligencia, su certeza será infalible. Orientada luego en la dirección del instinto, según Bergson

### *Bipolaridad: Leit Motiv Bergsoniano*

—así como la inteligencia hacia el conocer conceptual—, formarían, separadamente, como dos ramas muertas de una intuición originaria. A estas ramas, es preciso hacer rendir según sus posibilidades, pues sería el único modo de *regresar* al ímpetu Vital, que es la esencia de la Creación y la raíz de lo creado.

Si cada una de ellas no toca su propio fondo, será estéril; pero auxiliándose mutuamente, permiten al hombre captar l'élan vital.

De esto es capaz el homo Sapiens, al descender hasta el *yo* profundo, que escapa a toda conceptualización y puede llegar a ser libre y pura posibilidad de *ir siendo* (J. Maritain, dice a propósito del devenir bergsonian, que su técnica consiste obstinarse en usar el verbo cambiar, donde la filosofía tradicional usa el verbo ser).

¿Cómo es la acción en el homo Sapiens? Pues libre: soberanamente libre. ¿Acaso no puede percibir que la realidad, es la movilidad misma. *Il suffit de s'être convaincue que la réalité est changement, que le changement (durée) est indivisible et que dans un changement indivisible, le passé fait corps avec le présent.* Y percibir las cosas *sub specie durationis*.

La libertad del homo sapiens se da precisamente, porque él vive el tiempo profundo (no el superficial, homogéneo, espacializado) ante todo porque vive la realidad del durar, a través de la intuición, que oficia como instinto desinteresado. Esta libertad, desligada de causalidad eficiente o final, indefinible, inconceptualizable, surge de la relación entre el yo concreto y el acto que lo realiza: es un *hecho*, un progreso que no puede inmovilizarse, es duración pura, brotada de la personalidad íntegra; duración que implica multiplicidad cualitativa y heterogeneidad.

La libertad acrecienta lo individual: precisamente es el antípoda de lo socializado y anónimo.

El yo profundo, auténtico, dice Bergson, llega a esta libertad por liberación o por el hecho de buscar la santidad. Este es el obrar vivo, de momentos únicos e irrepetibles, inefables, dinámicos.

Agrega que libertad no es azar, ni indeterminación, sino *sello* de la vida de cada uno; es un *hecho* que la duración *pone* en el uni-

verso, introduciendo así un retoñar de continua novedad imprevisible.

El hombre —cuerpo espacial y conciencia que dura— mora en el tiempo y en el espacio, pero es por la duración específica que el hombre *existe*.

La libertad reveladora expresa nuestro ser fundamental y ella es singularmente rara en la vida: cotidianamente prevalece el yo parásito, inauténtico.

¿Cuál habría de ser la vida Social en el Homo Sapiens? Desde el momento que él siempre triunfa en la vida, habiendo identificación con el élan creador (¿actitud ética cósmica?). Su comportamiento corresponde a una moral abierta, de aspiración, que pueden hallar el artista, el héroe, el Sabio y el Santo. Estos obran de un modo que está por encima de todo lo que signifique naturaleza, presión, programa, deber. Ellos expresan su esencia en el puro durar, viven la moralidad que nace en el hecho —nunca la reciben desde fuera—, viven la emoción creadora como raíz del deber.

La moral de aspiración es progreso, entusiasmo y su móvil es el amor. Se basa en la vocación, o llamado de Alguien o alguno que está dispuesto a *ad audire*. Es una moral humana y personal.

Paralela dirección corresponde al Homo Sapiens en cuestión religiosa. Es la religión dinámica la que lo solicita sin presión, la que nace de la presentida captación de lo inasequible hacia donde tiende la vida. Resulta un misticismo propio para hombres extraordinarios: y los cristianos constituyen el exponente auténtico. La religión dinámica es superintelectual, experiencia singular y privilegiada de aquellas almas que, sacudidas en su profundidad, dejan de girar alrededor de sí mismas. *El alma se detiene, como si oyera una voz que la llama: luego, se deja llevar rectamente hacia adelante. No percibe directamente la fuerza que la mueve, pero siente su indefinible presencia o la adivina a través de la visión simbólica.*

La unión definitiva del alma con Dios, se encuentra en la acción mística (¿hasta ahí el pragmatismo?). Dios está en ella, y ella lo siente; es, aún tiempo *agissante et agies*.

El místico arde en deseos de transformar la humanidad, de en-

*Bipolaridad: Leit Motiv Bergsoniano*

contrar a Dios, de amar al Amor. El amor del místico es de naturaleza metafísica: hunde sus raíces en la fuente misma del ser.

Restaría ahora considerar el lenguaje que utiliza el homo sapiens en su vivir. Más acertado fuera hablar *de las palabras que inaugura cada vez que traduce su profunda intimidad*. Sería el intento de poner en ellas el sabor de una perennemente niña *primera vez*, suficientemente atractiva como para sugerir y bastante púdica como para velar el misterio inefable de la profundidad, de donde proceden, como embajadoras.

El artista es capaz de dosificar esta alquimia delicadísima y serán la palabra, taxativamente hablando, o el pincel, o el mármol, las elocuencias vivas, investidas de la misión de comunicar espíritu.

El arte, pues, desde el punto de vista filosófico, posibilitaría la transmutación del Homo Faber en Homo Sapiens, en *un ser capaz de desprenderse del mundo prácticamente configurado, para ponerse en actitud contemplativa y desinteresada*.

El arte abre al yo profundo —que es quien actúa en el Homo Sapiens— la grieta suficientemente ancha como para comunicar al mundo su propia novedad irreplicable y a la vez suficientemente angosta, como para impedir el paso de la banalidad anonadante y espacializadora.

El fuego de la emoción inspiradora potencia del artista y su fidelidad a esa llama, le urge una conducta desinteresada, generosa, contemplativa, al extremo de asumir, como compañeros de ruta de su vida, a la Soledad, a la incomprensión y a la inoperancia.

Bergson dice que el artista *vive simpáticamente* desde dentro, al objeto (E. C. París 1952) y que su actitud evidencia la posibilidad de extender la facultad de percibir, al punto de arribar, no ya a los esquemas o a signos de las cosas, sino a ellas mismas, a las *realidades* (P. 171). *La percepción du change et La Pensée et le mouvant* (París: 1934).

Finalmente, cavando aún las raíces del Bergsonismo, se llega a la concepción del problema de la posibilidad.

De ésta dirá Bergson, que es ilusión pensarla como precediendo.

a lo real, pues el acto es lo primero. Así en *La Pensée et le mouvant* (p. 193) se lee: *Au fond des doctrines que meconnaissent le nouveauté radicale de chaque moment de l'évolution il y a bien de malentendus, bien des erreuers. Mais il y a surtout l'idée que le possible est moins que le réel et que pour la possibilité des choses précède leur existence. Si nous laissons de coté les systèmes clos, soumis à des lois purement mathématiques, isolables, parce que la durée ne mord pas sur eux, si nous considérons l'ensemble de la réalité concrete, ou tout simplement, le monde et la vis —et à plus fort raison celui de la conscience— nous trouvons qu'il y a plus et pas moins dans la possibilité de chacun des états succesifs, que dans leur réalité. Car le possible n'est que le réel, avec en plus un acte de l'esprit qui en rejette l'image dans ce passé une fois qu'il s'est produit.*

Una obra futura habrá sido posible, pero actualmente no lo es. Y más adelante (Págs. 126-133): *Le passé est donc le mirage du présent dans le passé. C'est le réel qui se fait possible, et non pas le possible qui devient réel.*

Naturalmente esta concepción, fruto coherente con su teoría del devenir y la negativa de reconocimiento ontológico del ser, cuadra perfectamente al homo Sapiens, al cual como a las cosas mismas le es suficiente ser y ser en acto, es decir, continuidad con la actualidad transbordante de donde emana el élan universal para seguir deviniendo. Afirmación de la actualidad pura en perpetuo crecimiento fuente de perpetua novedad. De aquí derivan no sólo la imprevisibilidad de los actos —libres— y la de los acontecimientos contingentes de la naturaleza, sino hasta esa imprevisibilidad radical de cada momento del Universo.

Tal será la riesgoza aventura del Homo Sapiens. Y su gloria.

---

JUDITH G. GARCÍA CAFFARENA. Nació en San Nicolás (Buenos Aires). Profesora en Ciencias, Letras y Filosofía, ejerce la docencia en institutos privados y oficiales a nivel universitario. Becada por el Instituto de Cultura Hispánica, colabora en revistas sobre temas de sus especialidades.